

BOLETIN REPUBLICANO

Núm. 42

Año II

PROVINCIA DE GERONA

Órgano oficial de la Fusión republicana

DIRECCION

Centro de Fusión Republicana

GERONA 1 DE MAYO DE 1898

SUSCRICION

1'50 ptas. trimestre

La República se impone

Agotados los recursos de la política de encrucijada, desahuciados los hombres de la monarquía de toda esperanza, arrastrados por el odio *jingo*, contra su voluntad se han visto precisados á aceptar el reto que uno y otro día, por espacio de años, vienen haciéndonos los norte americanos.

Atenta la monarquía á la custodia de sus particulares intereses, ha desoído los gritos de indignación popular, temerosa de que en el fragor de la lucha el pueblo la arrollara, erigiéndose en director de su causa; esas y no otras han sido las razones que han tenido en cuenta los hombres que ejercen el poder, para consentir tantas humillaciones y dar lugar al derramamiento inútil de tanta sangre generosa.

La guerra con los Estados Unidos era indispensable; la exigían de consumo la dignidad y el decoro de la Pátria, puestos en duda ante los pueblos cultos de Europa y América. Nosotros la aceptamos con entusiasmo, como se acepta el cumplimiento de un deber sagrado; pero puestos en ese extremo, llegada la hora de contribuir con la sangre y el dinero para la defensa de nuestra soberanía y de la integridad nacional, creemos también que cumplimos con una obligación ineludible hablando claro, para que el pueblo no se deje arrastrar por los generosos impulsos de su corazón noble y sencillo y mañana tenga que llorar nuevas desventuras.

Rotas las relaciones diplomáticas, la reina regente ha consultado á los políticos y personajes que la rodean á fin de conocer quienes deben ser los hombres que desde el gobierno dirijan la lucha con los *yankées*; y sin embargo, ninguno de los consultados ha tenido el valor de exponer á las instituciones los verdaderos sentimientos del pueblo español.

Si no se trata de salvar al trono á costa de todos los sacrificios, sino que por el contrario se pretende garantizar el triunfo de las armas españolas como Doña Cristina no ha solicitado el parecer de los hombres eminentes que militan en los demás partidos políticos?

¿Acaso la Pátria es solo patrimonio de fusionistas y conservadores? ¿No es el pueblo el que tiene que contribuir con su sangre y con su en-

tusiasmo á la victoria apetecida? Pues si esto es un hecho irrefutable ¿cómo se prescinde de ese pueblo y sólo se le tiene en cuenta en la hora del sacrificio?

Nó; el pueblo español no puede tolerar esta nueva preterición por parte de la caduca monarquía; sin formular la más insignificante queja, como siempre verterá su sangre en el holocausto de la Pátria; más para entregarla, necesita saber que á espalda suya existe un gobierno comprometido con sus sentimientos, desprovisto de todo interés mezquino y sin más lema que la defensa del honor pátrio, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.

Los hombres y las instituciones que han esterilizado tantos sacrificios y no han sabido aplicar las enormes sumas de sus presupuestos para adquirir barcos de combate y material de guerra suficiente para hacer respetar nuestros derechos, teniendo hoy que apelar á suscripciones públicas para hacer frente á las eventualidades de una lucha que ha de ser dura y cruenta, no pueden inspirar confianza; no son los llamados á continuar gobernando; y por lo mismo, deben abandonar el poder. En estos momentos supremos, hacen falta caracteres viriles, espíritus patriotas, ciudadanos probos y honrados, que hayan hecho su reputación en la continua defensa de las clases populares; y como la monarquía no sólo carece de ellos, sino que los rehuye, hay que imponerlos á todo trance como único medio de salvación.

La República es la dignidad de España; así lo reconocen todos los políticos honrados, y hay que proclamarla inmediatamente.

Seamos, pues, patriotas; hagamos un esfuerzo todos cuantos ansiamos la regeneración del país, y unidos por la fé, confundidos nuestros corazones en una sola aspiración, en un momento dado, que no se oiga en todos los confines de la Pátria otro grito más que este:

¡Viva España republicana! ¡Abajo los traidores!

Castelar como solución

El País viene bogando estos días con gran calor por el establecimiento inmediato de una República presidida por el gran tribuno; y su campaña ha producido tan buen efecto en la

opinión, que ya se ofrecen como única solución á los gravísimos conflictos actuales, creados por la Monarquía de la Restauración.

Con notóro optimismo afirma *El País* que la monarquía se encuentra en su período agónico y las inyecciones de fingido patriotismo alargarán su vida unos días más, pero al fin y al cabo tiene que sucumbir, que aún la ciencia no ha descubierto el modo de mantener la vida cuando la descomposición orgánica es completa.

Por estas razones, añade, se explica el movimiento unánime de la opinión á favor de Castelar, que vuelve de su ostracismo con las energías de un joven y las experiencias de un viejo.

«Vuelvo al Congreso porque la Pátria peligra» ha dicho el ilustre repúblico y todos los antepone la Pátria á la bandera, se agrupan alrededor del patriota dejando para después la lucha justa por los ideales de partido.

Salmerón en las Cortes

Estas son las declaraciones que hizo el ilustre ex-presidente de la primera República española el lunes último en el Congreso de los Diputados.

«Ante las gravísimas circunstancias porque atraviesa la patria, ante esa guerra á que se nos lleva contra todo derecho y contra toda justicia la minoría republicana prestará su apoyo al Gobierno, votándole cuantos recursos necesite para la guerra, pero sin que esto signifique en modo alguno que renuncia á su derecho de exigir responsabilidades, no sólo á este Gobierno, sino á todos los gobiernos monárquicos que han traído á la patria toda clase de desdichas y misérrimas.

Los republicanos apoyarán en estos momentos al Gobierno, porque cuando la patria está en peligro no hay más que españoles dispuestos á defenderla hasta morir.

Llegará el día, ya muy cercano, en que los partidos monárquicos rindan sus cuentas.

La hora de exigir responsabilidades está muy próxima, y entonces los republicanos cumplirán con su deber.

Las instituciones desaparecen, son temporales; la patria es permanente.

Protesto enérgicamente de que se suspendan las sesiones de Cortes en momentos tan críticos como el presente.

El país, cuyo órgano es el Parlamento, tiene derecho á conocer con toda claridad las fases por que la guerra irá pasando; á saber qué inversión se dá á sus hijos y á su dinero; cómo y de qué modo se aprecian sus sacrificios, y hasta qué punto se hace digno el gobierno de imponerle cargos.

No deben cerrarse estas Cortes, llamadas á resolver trascendentales problemas.

Y el partido republicano debe emprender en ellas una enérgica campaña que baje ver claro al país toda la culpabilidad de los gobiernos restauradores en los males que pesan como losa de plomo sobre la nación española.

¡No más tregua!

¡A ellos! ¡A los monárquicos!

AL SACRIFICIO

¿La guerra? La guerra es la aventura insensata, la probabilidad del fracaso, la seguridad de la ruina. La guerra es la bancarrota cierta, inevitable; la hacienda de muchas generaciones malbaratada en un mes. La guerra es la miseria y el hambre. La guerra es la desmembración segura á manos de enemigos ó de interventores. La guerra es la resurrección en la fantasía popular de todo un pasado de glorias estériles y reales infortunios. La guerra es el militarismo y la opresión. La guerra es el fanatismo y la intransigencia. La guerra es para España un salto atrás de tres centurias.

¿La paz? La paz es el desprestigio, el abandono del derecho, la fuga ante las intimaciones de la fuerza. La paz es la notificación al mundo de nuestra flaqueza, la ejecutoria de nuestra impotencia. La paz es la seguridad dada á todas las naciones de presa de que aquí estamos dispuestos á sufrirlo todo. La paz es la renuncia de nuestra representación en el mundo. La paz es la desestima, el menosprecio universal. Y sobre todas estas cosas, la paz es imposible. La paz con los Estados Unidos es la prolongación definitiva, eterna de la guerra que en Cuba nos desangra. La paz en el extranjero es en casa la guerra civil.

Ardua sería la elección entre los dos términos de esta forzosa alternativa. Por dicha ó por desgracia tal elección es ya imposible. Alguien lo ha firmado con razón; iremos donde nos lleven los acontecimientos; será lo que plegue al destino. Pasa á los pueblos lo que á los hombres. Quien hace su vida reflexivamente, advertido por la prudencia, guiado por la previsión, con plan cierto y orientación fija, ese va donde quiere, domina en cierta medida los hechos y restringe en extremo el imperio del accidente. Mas el que vive al día, descuidado, improvisor, sin atender al porvenir ni preocuparse del mañana, ese irá, juguete de todos los azares, á donde la arrastre el acaso. Aquél es señor; éste es esclavo del suceso.

Así somos. Cambiarnos será, si se logra, labor de siglos. Nuestra conducta en esta crisis dependerá del modo como se realice el choque con nuestra nativa susceptibilidad de la extranjera grosería. Y á fé que pocas veces se habrá visto sometida á prueba más dura la paciencia de un pueblo. Rasgando la epidermis de un ruso se encuentra debajo al cosaco; bajo la de un español está siempre el caballero andante. Esos yankees rascan demasiado fuerte. Es de manera que aún los más prudentes, los más sensatos, los más hondamente persuadidos de nuestra presente flaqueza, los más refractarios á los empujos de la fuerza, los menos prendados de las glorias tradicionales, los menos susceptibles al atractivo de la violencia, experimentan ya la necesidad de acabar de una vez, echándolo todo á rodar, bien como el hombre pacífico á quien llegan á

sacar de sus casillas los atropellos y jactancias del fanfarrón perdonavidas.

«Lo peor es que nos coje sin dinero»: esta frase de gallego es para los españoles de eterna verdad. Todo nos coje así. Y ahora la cosa es grave. La guerra ha ido encareciéndose de día en día. Ya no se guerrea con el corazón, sino con el bolsillo. En este simpático fin de siglo es la guerra un negocio aleatorio que exige mucho capital. Audacia, audacia y siempre audacia, era para Danton el lema revolucionario. Dinero, dinero y más dinero, es hoy el lema de la guerra. Nervio de ella le llamaban ya los antiguos; cuánto más lo será hoy cuando cada cañonazo que se dispara cuesta muchos miles de pesetas. Necesario es el dinero en toda guerra; cuánto más lo será para guerrear con un pueblo que no ha tenido hasta el presente otra gracia ni otro mérito que los de hacerse rico!

Aquí está el nudo del problema. Los otros efectos materiales y morales de la guerra no nos preocupan demasiado. Guapos son los yankees; pero á los españoles no los ganarán á guapeza. No es la vida de suyo cosa tan grata que no valga la pena de sacrificarla por una noble causa, en vez de perderla á manos de un pulmón. No nos va por acá tan ricamente que tengamos todos un empeño decidido de llegar á viejos. Perder nuestras colonias sería un dolor por la posteridad que acaso aprendiera á utilizarlas; para la generación actual casi sería un desbarazo. Estamos hechos á perder; hechos á sufrir. Perdido por mil, perdido por mil quinientos; es una máxima nacional. Apurados los términos de la prudencia estaremos por la calle de empujos; nos liaremos la manta á la cabeza y á ir ome por todo.

Pero ¿y el dinero? Ese ha de dárselo quien lo tenga. Todo, sin duda, un poco; pero más los ricos que los pobres. No hay que reirse de esta perogrullada que nunca aquí fué una verdad. Un magnate, grande de España, calculando, con notorio optimismo, que hay un millón de españoles capaces de disponer cada uno de mil pesetas, propone hacer así al Estado un donativo de mil millones.

Mi buen amigo Nakens, en un hierrosísimo artículo, demanda el concurso de todas las personas acaudaladas, pide que todos los españoles redazcemos á la congrua, quiere que se vendan para el servicio de la patria las alhajas consagradas al culto y que se den en prenda para levantar empréstito las joyas artísticas de nuestros museos. Puede hacerse todo eso y otras cosas que irán ocurriendo. Lo importante es que, si llega el caso, todos contribuyamos, cada uno en proporción de su haber.

Eso es lo que puede ser; otras cosas hay imposibles. No es posible, por ejemplo, que haya quien se luere con los sacrificios en que la patria se aniquila. No es posible que se cobre un interés crecido por anticipor dinero al Estado con sólida garantía y que á esa usura se la llame patriotismo.

No es posible que nadie se sustraiga á la obligación de servir á la patria con las armas, pagando en cambio un puñado de pesetas ó no pagando un céntimo. No es posible que se empobrezca al Estado en estas circunstancias, exigiéndole millones á cambio de la renuncia de un don gratuito. No es posible que alguien invoque la santidad de su misión para no ir á la guerra empujando á ella á los demás. No es posible que se perciban grandes sueldos á cargo de una Hacienda en ruina. No es posible que las angustias del Tesoro sean para empresas poderosas fuente de cuantiosos provechos. Ninguna de estas cosas ni otras semejantes pueden ser. Porque, á poder ser ellas serán entonces las otras, las que proponen Nakens y el grande de España, las que resultarán imposibles.

Alfredo Calderón

Responsabilidades

Son muchas y muy graves las que el pueblo español debe prepararse á exigir.

Las hay de todas clases, desde las que se derivan de la codicia que los que están en lo alto han demostrado, procurando ante todo amasar una fortuna de que poder gozar si vienen mal dadas, hasta las que nacen del abandono en que se han tenido los elementos de defensa de España.

En estos momentos se pueden apreciar ciertos detalles interesantísimos, que el pueblo español deberá tener presente el día de las responsabilidades.

Al lado de ciudadanos como el marqués de Villamejor y el de Cayo del Rey, que han suscrito respetables cantidades para fines patrióticos, hay otras personas más obligadas que nadie al sacrificio que se han mostrado tacañas hasta la exageración.

Y eso que la fortuna que posean ha sido adquirida en España sin grandes modestias, ni penalidades, ni trabajo. Porque España podrá ser pobre; podrá estar arruinada; podrá carecer de barcos para anonadar al yankee, y carecer de recursos para tener al corriente de sus pagas á los que pelean en Cuba por la integridad de la patria ó para arrancar de la mendicidad á los que regresan inútiles de la guerra; pero en cambio es generosa hasta la prodigalidad con los que ejercen algún cargo ó desempeñan alguna función pública.

Contra eso y contra otras cosas análogas cabe la protesta; más que la protesta, el acto de justicia de la nación exigiendo responsabilidades severas.

España no se ve en el caso de sostener una guerra cuyas consecuencias nadie se atreverá á determinar todavía, porque los que han gobernado no han sabido evitarla, desplegando, á su tiempo, las energías que ahora se ven forzados á desplegar, después de haber perdido 50.000 hombres en una lucha estéril y de haber gastado más de 1.000 millones de pesetas.

Si esto no se hiciera, si quedase impune tanta

torpeza, tanta maldad y tanta importancia, habría que renunciar á la dicha de la patria.

Porque los que han llevado al país á la ruina y al vilipendio, volverían á llevarlo una y cien veces más. Pasado el momento de peligro, seguirán considerando á la nación como una propiedad de la que pueden disponer como se dispone de un rebaño de ovejas, y el fruto de la obra popular, la resultante de estas hermosas energías, todo eso que enaltece y avalora la actitud del pueblo, sería perdido.

Aunque no fuese más que para eso, para acabar de una vez con los que explotan á la nación y la conducen á trances como éstos, después de haberla agotado y debilitado, deben los republicanos procurar convertirse en un poderoso elemento político, cuyas decisiones y cuyas actitudes tengan el valor necesario para intervenir en las soluciones del porvenir.

Hay que pedir estrecha cuenta á todos y de todo lo que el país ha sufrido en los últimos veinte años. Hay que hacer justicia y acabar con la impunidad de que vienen disfrutando los explotadores del país, y esa misión corresponde en nombre de los intereses de la nación, á los partidos republicanos.

Aconsejalo así un interés supremo, y no creemos que podamos desoir este consejo, como no podemos desoir los clamores de la patria que demanda reparación á sus infortunios.

(El Republicano de Teruel.)

Un documento histórico

Hombre de Estado tan insigne como el famoso ministro de Carlos III, conde de Arand, cuyo tacto, cuya previsión y cuyo sentido de la realidad le proporcionaron tan felices aciertos, no podía menos de adivinar con su claro entendimiento las consecuencias que Europa, y principalmente á España, había de traer el reconocimiento de la independencia de los Estados ingleses de América. É hizo constar sus opiniones, en un informe secreto que dirigió al rey, documento curiosísimo que reproducimos en su parte esencial, el modelo de previsión y buen sentido que demuestra cómo ha sido regla constante de los Gobiernos de España desdeñar las advertencias leales y desatender las más fundadas previsiones.

He aquí el interesante documento:

«Señor:

El amor que profeso á la persona augusta de Vuestra Majestad, la gratitud que le debo por tantas bondades con que ha tenido á bien colmar-me y el afecto con que miro á mi país, me mueven á dar á V. M. cuenta de una idea á que doy la mayor importancia en las circunstancias actuales.

Acabo de ajustar y afirmar, en virtud de órdenes y poderes que se ha dignado darme Vuestra Majestad, un tratado de paz con Inglaterra. Esta negociación que, según los testimonios lisonjeros de palabra y por escrito de V. M. debo creer he logrado desempeñar conforme á sus reales inten-

ciones, ha dejado en mi alma, debo confesarlo, un sentimiento penoso.

La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, y esto es para mí un motivo de dolor y temor. Francia tiene pocas posesiones en América, pero ha debido considerar que España, su íntima aliada, tiene muchas, y que desde hoy se halla expuesta á las más terribles conmociones. Desde el principio ha obrado Francia en contra de sus verdaderos intereses alentando y apoyando esta independencia, y con frecuencia lo he declarado así á los ministros de aquella nación. ¿Qué de más próspero podía acontecer á Francia que ver como destruían mutuamente los ingleses y norteamericanos en una guerra de partido que no podía menos de aumentar su poder favoreciendo sus intereses? La antipatía que reina entre Francia é Inglaterra, cogió al Gabinete francés que se olvidó de que su interés consistía en permanecer tranquilo espectador de esa lucha, y una vez lanzado á la arena, nos comprometió por desdicha á consecuencia del pacto de familia á una guerra completamente contraria á nuestra propia causa.

No es este lugar de examinar la opinión de algunos hombres de Estado, tanto nacionales como extranjeros, en la cual estoy conforme acerca de las dificultades de conservar nuestro dominio en América. Jamás han podido conservarse por mucho tiempo posesiones tan vastas, colocadas á tan gran distancia.

A esta causa general á todas las colonias hay que agregar otras especiales á las posesiones españolas, á saber: la dificultad de enviar socorros necesarios, las vejaciones de algunos gobernadores para con sus desgraciadas habitantes, la distancia que los separa de la autoridad suprema á que pueden recurrir pidiendo el desagravio de sus ofensas, lo cual es causa de que á veces transcurran años sin que se atienda á sus reclamaciones las venganzas á que permanecen expuestas mientras tanto por parte de las autoridades locales: la dificultad de conocer bien la verdad á tanta distancia, y finalmente, los medios que los vireyes y gobernadores, como españoles, no pueden dejar de tener para obtener manifestaciones favorables á España, circunstancias que, reunidas todas, no pueden menos que descontentar á los habitantes de América, moviéndolos á hacer esfuerzos, á fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les sea propicia.

Así, pues, sin entrar en ninguna de estas consideraciones, que ceñiré en la actualidad á la que nos ocupa relativamente al temor de vernos expuestos á serios peligros por parte de la nueva potencia que acabamos de reconocer en un país en que no existe ninguna otra en estado de cortar su vuelo. Esta República federal nació púrpura por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerzas de los Estados tan poderosos como Francia y España para conseguir la independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun celoso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las potencias, y solo pensará en su engrandecimiento. La libertad de conciencia, la facilidad de estable-

cer una población nueva en terrenos inmensos, así como las ventajas de un Gobierno naciente le atraerá agricultores y artesanos de todas las naciones, y dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia tiránica de este coloso de que voy hablando.

El primer paso de esta potencia cuando haya logrado engrandecimiento, será el apoderarse de las Floridas, á fin de dominar el golfo de México, después de molestarnos así, y nuestras relaciones con la Nueva España aspirará á la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya.

Estos temores son muy fundados, señor; y deben realizarse dentro de breves años, si no presenciáramos antes otras conmociones más funestas en nuestras Américas. Justifica este modo de pensar, lo que ha acontecido en todos los siglos y en todas las naciones que han empezado por engrandecerse. Do quiera el hombre es el mismo, la diferencia de los climas no cambió la naturaleza de nuestros sentimientos, y el que encuentra la ocasión de adquirir poder y elevarse, no la desperdicia jamás. ¿Cómo podremos, pues, prometernos que los norteamericanos respeten el reino de Nueva España, cuando tengan medios de apoderarse de aquel rico y hermoso país? Una política cuerda nos aconseja que tomemos precauciones contra los males que puedan sobrevenir.

Este pensamiento ocupó toda mi atención desde que como ministro plenipotenciario de V. M. y conforme su voluntad real é instrucciones, firmé la paz de París, estudiando negocio tan importante con todo el cuidado de que soy capaz y después de muchas reflexiones, que me han sugerido los conocimientos, tanto militares como políticos que he podido adquirir en mi larga carrera, creo firmemente que no nos queda para evitar las grandes pérdidas que nos amenazan, más que el recurso que voy á tener la honra de exponer á V. M.

Debo V. M. deshacerse de todas sus posesiones en el Continente de ambas Américas, conservando tan sólo las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte Septentrional, y alguna otra que pueda convenir en la parte Meridional, con objeto de que nos sirvan como escala ó depósito para el comercio español.

A fin de realizar este pensamiento de un modo que convenga á España, deben de establecerse tres infantes en América, uno como rey de Méjico, otro como rey del Perú, y otro como rey de Costa firme, tomando V. M. el título de Emperador.

Las condiciones de esta inmensa cesión podrían ser que los tres nuevos reyes y sus sucesores reconociesen á V. M., y á los Príncipes que ocupen el trono después, por jefes supremos de la familia; que el rey de Méjico pagase cada año, como fondo por la cesión de aquel reino, una contribución en plata de un número determinado de marcos, que se enviarían en barras para acuñarlas en las Casas de moneda de Madrid y Sevilla. Lo mismo haría el del Perú, pagando en oro de sus posesiones.

El de Costafirme remitirá cada año su contribución en géneros coloniales, sobre todo en tabaco para abastecer los estancos del reino.

Estos soberanos y sus hijos debieran casarse siempre con infantes de España ó de su familia, y los príncipes españoles se enlazarían con princesas de los reinos de Ukramar. De este modo se establecería una unión íntima entre las cuatro coronas y antes de sentarse en el trono cualquiera de estos soberanos, debería jurar solemnemente que cumpliría con estas condiciones.

El comercio habría de hacerse bajo el pié de la más estricta reciprocidad, debiendo considerarse las cuatro naciones como unidas por la más estrecha alianza ofensiva y defensiva para su conservación y prosperidad.

No hallándose nuestras fábricas en estado de abastecer á América de todos los objetos manufacturados de que pudiera tener necesidad, sería preciso que Francia, aliada nuestra, les suministrase todos los artículos que nos viéramos nosotros imposibilitados de enviar con exclusión absoluta de Inglaterra. Para este fin, los tres soberanos, al sentarse en sus tronos respectivos, ajustarian tratados formales de comercio con España y Francia, cuidando mucho de excluir á los ingleses. Como poseedores de nuevos Estados, podrían hacer libremente lo que más les conviniera.

De la ejecución de semejante plan resultarían las ventajas siguientes: la contribución de los tres reinos del Nuevo Mundo sería mucho más provechosa para España que los socorros en dinero que en la actualidad envía América; la población aumentaría, cesando la emigración continua á tan lejanas posesiones, y una vez estrechamente unidos los tres reinos de América por medio de las obligaciones propuestas, no hay en Europa potencia que pudiera igualarse á su poder ni al de España y Francia en nuestro Continente.

Al mismo tiempo habría fuerza para impedir el engrandecimiento de las colonias americanas ó de cualquiera otra potencia que quisiera establecerse en aquella parte del mundo. Con la unión de los reinos y España, el comercio español cambiaría los productos nacionales por los géneros coloniales que pudiéramos necesitar para nuestro consumo. Por este medio se aumentaría nuestra marina mercante, y la marítima por consiguiente, sería respetada en los mares.

Las islas que arriba he citado, administrándolas bien y poniéndolas en buen estado de defensa, nos bastarían para nuestro comercio, sin necesidad de otras posesiones, y finalmente, disfrutaríamos de todas las ventajas que nos da la posesión de América, sin ninguno de esos inconvenientes.

El resto del documento se refiere á la forma de llevar á la práctica secretamente la idea expuesta, y no tiene importancia de actualidad.

ECOS

Al Norte se le atragantó el suelto en que nos ocupamos en nuestro último número del *meeting* republicano de Olot, probando al corresponsal que tiene en dicha villa las contradicciones en que incurrió al querer negar en las columnas del órgano carlista la importancia del mentado *meeting*.

Por hoy no diremos á los de *El Norte* otra cosa sino que les felicitamos por su confesión de libera-

les al defenderse del *insulto* que, según ellos, les inferimos al darles el nombre de absolutistas.

Tomamos acta de tal declaración por más que nos fiamos tanto de su liberalismo... como de las palabras de hipócrita.

Por lo que se ve, renuncian también á llamarse católicos.

Sin embargo, comprendemos esto mejor que aquello, porque tiene su explicación.

El volverse contra el Papa que tan malas pasadas ha jugado á los carlistas.

Es digna de elogio la actitud de los taponeiros republicanos de Agullana que suscriben este Manifiesto:

«Dadas las críticas circunstancias por que atraviesa la Patria, y en uso de un derecho legítimo, ya que la ley nos lo concede, hemos trabajado y apoyado resueltamente en este pueblo la candidatura republicana en las próximas pasadas elecciones generales, por cuyo solo motivo ha sido despedido de la fábrica de los Sres. Bech de Careda hermanos el obrero que más ostensiblemente se distinguió en la propaganda de dicha candidatura.

Los suscritos haciendo causa común con el obrero despedido, como compañeros de trabajo y considerando que si en concepto de D. Joaquín Bech de Careda hubo falta punible en los procedimientos de aquel, en la misma incurriríamos todos por igual, creemos de nuestro deber abandonar el trabajo en que estábamos ocupados en dicha fábrica, en cuya actitud persistiremos en tanto no sea nuestro compañero nuevamente admitido en la fábrica junto con todos los firmantes, estando dispuestos á no transigir y agotar hasta el último sacrificio.

Esta nuestra actitud ponémosla por medio del presente manifiesto en conocimiento de los taponeiros de toda la provincia en la seguridad firmísima de que, si por dicho patrono fuesen solicitados para ocupar nuestras vacantes, sabrán despreciar el ofrecimiento, primeramente para coadyuvar á la obra nuestra, que es la de reivindicar para el obrero la libertad de conciencia que, desde hace tiempo, ve se detentada y amenazada de una parte por el jesuitismo y de otra por el capital, y en segundo lugar para no incurrir en la grave responsabilidad moral de faltar á la solidaridad obrera haciendo traición á la santa causa de la libertad.

Por lo anteriormente expuesto podéis haceros cargo de la justicia de nuestra causa y comprender de que parte está la razón, por cuyos motivos, ni por un sólo instante siquiera dudamos que nuestra súplica será por vosotros debidamente atendida, abrigando la firme convicción de que ningún taponeiro pisará los umbrales de dicha fábrica en tanto no quede satisfactoriamente resuelto el presente conflicto.

Salud y solidaridad.— Agullana 24 de Abril de 1898.—Florencio Planells.—Francisco Sagner.—Juan Castellá.—Martín Sagner.—Emilio Salells Roca.—Manuel Pujulá Fenart.—Martín Garrober.—Juan Llausó.—Francisco Brunet.—Sebastián Esteve.—Ramón Rosa.—Juan Ramoné.—Lorenzo Verdagué.

Así se cumplen los deberes de compañerismo. Que ningún taponeiro los huelle en perjuicio de sus derechos.

La ex-reina Isabel ha ofrecido con destino á la suscripción nacional 30.000 pesetas.

No se descuidarán los periódicos monárquicos de bombear eso que ellos llamarán rasgo de nobleza, desprendimiento y acendrado patriotismo.

Re...ro es el caso que doña Isabel cobra al año 750.000 pesetas y que las cobra en oro, cuyo

oro está hoy sobre un 70 por 100 de cambio. Pongamos á 50, nada más que al 50 por ciento y resulta ganancia sola que da el cobrar en oro las 70.000 pesetas anuales importa nada más que 37.500 pesetas. ¡Una friolera!

Así se puede ser patriota y rumboso y desprendido y hasta rey cesante y dar 30.000 pesetillas para una suscripción nacional.

En el Mensaje de la Corona se solicita con humildad la ayuda de todos los españoles para salvar el trono del niño Alfonso XIII

Ya ven Vdes

Todavía no está declarado obligatorio el servicio militar.

¿No dijo Sagasta...?

De una estadística que ha publicado el Departamento general de emigración de la República Argentina, resulta que durante el pasado año han emigrado á aquel país 18316 españoles.

Son, como si dijéramos, otros tantos ciudadanos que se han marchado ahitos de la felicidad que nos ha traído la restauración borbónica.

Los republicanos fusionistas, progresistas y federales de Alicante han dirigido una alocución á sus correligionarios de la provincia para que en estos momentos de honda crisis nacional, den al olvido cuantas diferencias puramente accidentales les separaban, explicando el motivo de su unión en este hermoso párrafo:

«...porque los republicanos miramos siempre con especial solicitud las vicisitudes porque nuestro pueblo atraviesa, antes los grandes males que afligen á la nación española; ante la gravedad de los acontecimientos que se precipitan como nuncios precursores de tremendas conmociones tal vez decisivas, los republicanos no podíamos permanecer callados, ni asistir imposibles al espectáculo de la conflagración que nos rodea, como una amenaza de hundirnos en el ocaso de nuestras glorias, cuando muy bien pudiera ser el instrumento de nuestra regeneración social y política.»

El hambre se presenta con síntomas horribles ofreciendo España un cuadro desolador

Extiéndase la miseria con rapidez extraordinaria como si estuviéramos ya al borde de una bancarrota segura.

A todos los males de la Restauración hay que añadir el del hambre.

¡Y aún quiere el gobierno cargar sobre el país impuestos y aumentos de contribuciones!

El hambre producirá estragos, avivados por la falta de previsión é insensatez de nuestros gobernantes.

Junoy ha pedido al gobierno el proceso instruido á consecuencia del suceso de la calle de Cambios Nuevos, los expedientes de las detenciones hechas y cuantos datos puedan dárselo acerca de lo ocurrido en Montjuich, anunciando una interpelación sobre este asunto en las Cortes.

A voz en grito ha pedido España la revisión del grocero de Montjuich y ya es hora que el Gobierno satisfaga la opinión pública.

¡Bien por el diputado republicano!

Imp. del Boletín Republicano